

— Triunfo completo, exclamaron todos, ménos la señora Gertrúdis, que continuaba absorta delante del caballete, sin apartar los ojos del lienzo.

CAPÍTULO V.

Batalla campal.

Entró Mari en la habitacion de Herminia llevando en la mano una bandeja de plata, y sobre la bandeja una carta. La hija de Lord Walbrook, que parecia abismada en profundas reflexiones, apartó la bandeja despues de fijar un instante los ojos en el sobrescrito de la carta.

Por el ademan con que apartó la bandeja, y por la expresion de desden con que miró el billete que Mari le presentaba, dejó adivinar que no queria ser interrumpida en la íntima ocupacion de dar vueltas á su pensamiento; pero la doncella insistió reiterando la presentacion de la bandeja. Entónces Herminia le dijo:

— Mari, mostrais demasiado empeño en que lea esa carta.

—Señora, replicó la doncella, esperan la respuesta, si os dignais darla.

—Si tan urgente es el asunto, añadió la jóven, servidme de secretario; rasgad el sobre y leedme esa carta.

Mari dejó la bandeja sobre una mesa, cogió la carta, rasgó el sobre, y desdoblado el papel, iba á comenzar la lectura de la carta, cuando Herminia la detuvo diciendo:

—No os molesteis, Mari; esa carta estará escrita en español, y vos no entendeis más lengua que la francesa.

—¡Ah! no, señora, contestó Mari; esta carta la entiendo perfectamente.

—¡Cómo!..... ¿Habeis aprendido en tan poco tiempo la lengua española?

—Dios mio, exclamó Mari; eso era imposible.

—¿Entónces?..... volvió á preguntar Herminia.

—Es, contestó la doncella, que la carta que tengo en la mano está escrita en frances.

—En ese caso, podeis leerla. Veamos lo que dice.

—Mari leyó lo siguiente:

«Señora: No he tenido todavía el honor de veros; mas la celebridad de vuestra belleza corre de boca en boca, y no hay á estas horas en Madrid lengua alguna que no haga al día dos ediciones por lo ménos de vuestra hermosura. De esta manera, por absurdo que os parezca, os lo aseguro, ha llegado vuestra imágen á mis oídos. Si os satisface el ser hermosa, me parece que debeis estar satisfecha.

» Yo he querido adivinaros, perdonadme esta vanidad de artista, y encerrándome con mi pensamiento, he intentado reproducir fielmente vuestra imágen. ¿Lo he conseguido? Creo que sí; mas mi satisfaccion no puede ser completa si no obtengo el testimonio de vuestro voto.

» Aquí teneis la pretension que me induce á molestaros. Os envío el retrato, vedlo, y decidme si sois vos la misma que él representa. Si sois la misma, si os reconocéis en la imágen que he bosquejado sobre el lienzo, conservad el retrato como una muestra de la admiracion que os profeso, y no me negueis la ocasion que deseo para ofreceros

personalmente las seguridades de mi afecto. Mas si no he conseguido adivinar vuestra belleza, si no sois vos la que yo he imaginado, devolvedme ese pobre lienzo, y aceptad en cambio el testimonio de mi consideracion.»

—¿Quién firma? preguntó Herminia.

—Luisa, contestó la doncella.

—¡Luisa! exclamó la hija de Lord Walbrook.

—Sí, señora, añadió Mari; está bien claro, dice: «Luisa, marquesa viuda de.....»

No dejó Herminia concluir á Mari, pues la interrumpió diciendo:

—¿Dónde está el retrato?

—Lo tiene la mujer que lo ha traído, y no quiere soltarlo, empeñada en que ha de ser ella la que os lo presente.

—Lo mismo da, dijo la jóven; hacedla entrar.

—¡Ah! exclamó la doncella, si pudiera evitarse eso.

—¿Por qué, Mari?

—Porque os va á causar una impresion muy desagradable.

—¡Qué decís!

—Digo, señora, que la mujer que trae el retrato es sumamente fea.

Herminia miró un momento á su doncella, arqueó compasivamente las cejas y le dijo:

—No importa, Mari; decidla que éntre.

Salió la doncella, y volvió á entrar guiando á la señora Gertrúdis, que penetró en la estancia sujetando entre sus manos un cuadro oculto en una funda de lienzo. Al ver Herminia el rostro de la señora Gertrúdis no pudo contener una exclamacion, y Mari, moviendo la cabeza, murmuró entre dientes:

—Ya os dije, señora, que era sumamente fea.

—Silencio, añadió la hija de Lord Walbrook, sin advertir que la mujer que traía el cuadro no entendía el frances.

Ésta se adelantó hácia Herminia mirándola de hito en hito, y desembarazando el retrato de la funda en que iba envuelto, lo presentó diciendo:

—La señora Marquesa le envia á V. este recuerdo.

La hija de Lord Walbrook se encogió de hombros como si no entendiera las palabras que acababa de pronunciar la señora Gertrúdis, y fijó los ojos en el cuadro.

—¡Oh! exclamó Mari viendo el retrato, sois vos, señora.

En efecto, la semejanza era incontestable. La cabeza de Herminia aparecía con toda su deslumbradora belleza. Sobre sus hombros desnudos descansaba un hermoso collar de perlas, y ceñía su talle el cuerpo de un vestido de color de fuego, adornado con encajes negros.

La admiración que se retrataba en el semblante de la hija de Lord Walbrook podía tener dos explicaciones. Ó admiraba en el retrato su propia belleza, ó admiraba el genio del pintor que tan fielmente la había retratado sin tenerla delante. A lo ménos había en el retrato esos rasgos decisivos é inequívocos que determinan las semejanzas entre el original y la copia. Digo esto para tranquilizar los escrúpulos de los lectores incrédulos, no pudiendo probarles la verosimilitud del caso por medio de una información testi-

fical hecha ante el juez de primera instancia.

Pase, dirán algunos, el retrato de Miguel, hecho de memoria por la Marquesa sin haber visto el original más que una sola vez y muy de paso; concedámosle á la noble viuda el rarísimo privilegio de tan feliz retentiva, porque al fin desde el primer momento la imágen del *corrector de pruebas* se había grabado en su memoria; pero el retrato de la hija de Lord Walbrook, hecho por referencia, sin haber visto nunca el original, es exigirle demasiado á nuestra credulidad, por bondadosa que sea.

Y yo digo: Tienen ustedes razón; la reconozco, y únicamente les suplico que sigan adelante.

La señora Gertrúdis dejó ver en sus labios aquella sonrisa que tanto mortificaba á Miguel en los primeros capítulos de nuestra historia, y dijo:

—Señora, no puede V. negar que ése es su retrato.

Mordióse Herminia el labio inferior, reteniéndolo entre sus menudos dientes, como si hubiera querido impedir que pronunciára

alguna palabra imprudente, y se volvió á Mari, diciendo :

—Tomad ese cuadro y colocadlo sobre mi tocador.

Despues se dirigió á la señora Gertrúdis, y señalándole una silla, le hizo ademan de que se sentára. La portera se sentó.

Colocado el cuadro en el lugar en que habia designado Herminia, ésta dijo á Mari :

—Sentaos, que vais á escribir.

La doncella dispuso lo necesario y se sentó con la pluma en la mano, y Herminia comenzó á dictar lo siguiente :

«Señora : Admiro la originalidad de vuestro genio, pues os aseguro que me veo en vuestra obra como en un espejo. Estad segura de que soy yo la mujer que habeis retratado. No sé con qué pagaros tan singular obsequio; un solo medio me ocurre. Os pagaré lo que os debo imitándoos. Yo tambien os adivino, me parece que os veo. ¡Ah! no tengais duda, os conozco. ¿Quereis convenceros de la verdad de mis palabras? pues venid, venid hoy mismo. Vamos, os espero á comer, comerémos solas. Os necesito.»

La hija de Lord Walbrook habia dictado estas palabras acompañándolas con movimientos de inquietud, que dejaban colegir la agitacion interior de su espíritu; agitacion que para la doncella era incomprensible.

Luégo que la última frase estuvo escrita, Mari esperó, creyendo, no sin falta de razon, que la carta no estaba concluida. Lo mismo debia parecerle á Herminia, pues permaneció un instante pensativa; mas por lo visto no encontró más que decir, y levantándose de pronto, exclamó :

—Basta.

Cogió la pluma y firmó rápidamente; ella misma encerró la carta en el sobre y le puso el sobrescrito. Despues la entregó á la señora Gertrúdis, que salió silenciosa de la habitacion, llevándose la carta en la mano y exclamando en voz baja: ¡Dios mio, cómo se parece!..... Pero ¡ah! no es ella, no es ella..... me hubiera reconocido.

—Mari, dijo Herminia, sentándose delante del tocador, hoy quiero estar irresistible.

—Vos lo estais siempre, señora.

—¡Infeliz de mí! exclamó Herminia.

—¿Por qué? preguntó la doncella. Sois rica, vivis en un palacio que Milord ha comprado á vuestro nombre, teneis coches, poseis las más preciosas joyas, vuestra belleza no tiene semejante, os encontrais en la flor de la juventud y sois libre. Dios mio, ¿cómo podeis ser infeliz?

La hija de Lord Walbrook sacudió la cabeza y contestó:

—Maldita hermosura, odiosa riqueza, inútil juventud y horrible libertad. ¿De qué me sirven?

Mari no pudo oír esta exclamacion desesperada sin dar salida á un suspiro estrepitoso, arrancado del fondo de su pecho, revelando esa pena íntima que el catecismo de la verdad, esto es, de la doctrina cristiana, llama, con profundo conocimiento del corazon humano, «tristeza del bien ajeno.» Así entendió Herminia el suspiro de su doncella, pues replicó diciendo:

—Os engaña vuestra envidia, porque, rica, hermosa, jóven y libre, soy la más infeliz de las mujeres.

—¡Qué os falta! preguntó Mari con asombrados ojos.

—Me falta, exclamó Herminia, lo que ni mi libertad, ni mi juventud, ni mi hermosura, ni mi riqueza pueden darme.

Creyó comprender Mari el desesperado sentido de las palabras de su señora, y preguntó de nuevo:

—¿Qué hombre puede ser insensible á vuestra ternura?

Suponed que ninguno. Ó, lo que es lo mismo, imaginaos que el hombre en quien he fijado mi pensamiento, haciéndole dueño de la felicidad de mi vida, es dichoso adorándome.

—Entónces.....

—Entónces, replicó Herminia, soy más desgraciada todavía.

—Señora, no os comprendo.

—Bien, Mari, exclamó la hija de Lord Walbrook contemplándose en el espejo. Sois admirable, y hoy como nunca habeis interpretado fielmente mi deseo. Vuestra habilidad ha conseguido sobre mi cabeza un gran

triunfo. Habeis dado á mis rizos todo el aire de la infancia. Muy bien, Mari, muy bien. Estas ondas que caen sobre mi frente tienen todo el candor de la inocencia.

Y así era la verdad; la cabeza de Herminia habia salido de las manos de su doncella peinada con sencillez encantadora. Era la cabeza de una niña, en la que el artificio del peinado se ocultaba bajo la naturalidad de los rizos. Imaginémosnos todo lo que hay más distante de las horribles monstruosidades con que la moda actual desfigura las cabezas de las mujeres, y tendrémos una idea de la graciosa aureola de cabellos rubios que coronaba la frente de Herminia.

Ayudóla Mari á desembarazarse del peínador, y abandonándose al muelle regazo de una cómoda butaca, dijo á su doncella:

—Mari, ya sabeis que estoy visible. A la Marquesa no la detengais ni un instante, ni para anunciarla; que éntre enseguida.

En aquel momento tocaron discretamente á la puerta, y miéntras Mari se guiñaba á sí misma el ojo, Herminia decia:

—Abrid.

La puerta, inmediatamente abierta, dió paso á Lanuza, que entró diciendo:

—Sentiria sorprenderos con mi presencia.

—¡Oh, no! replicó Herminia vivamente; no me sorprendeis, porque os esperaba.

Y como si hubiera querido corregir la ingenuidad de sus palabras, bajó desdeñosamente los ojos, y como si hubiera querido desmentir la severidad de sus ojos, suspiró.

Recogió Miguel estos pormenores con verdadera delicia, y sentándose junto á la jóven, le dijo:

—¿Me permitis ser curioso?

—Sedlo.

—¿Por qué me esperabais?

—No sé; pero, en cambio, decidme: ¿por qué habeis venido?

—He venido, contestó con impetuoso acento, porque, os lo juro, no puedo vivir sin veros. No os mostreis ofendida por mis palabras; prefero vuestra burla á vuestro enojo. Además, tenéis obligacion de oirme, porque necesito que me ayudeis á cumplir el penoso sacrificio que me he impuesto.